El Maipo



A 81 años del Premio Nobel: Mistral, retrato cotidiano. Álvaro Vogel Vallespir

Posted on Noviembre 16, 2026

Hace ocho décadas ocurrió algo inédito: Lucila Godoy se convertía en la primera mujer iberoamericana en recibir el máximo galardón literario. Siempre será una responsabilidad desafiante escribir sobre nuestra poetisa, a quien vemos a diario en los nombres de las calles, avenidas y esculturas; en las necesarias antologías que se leen y en obras monumentales como el precioso mural de Fernando Daza, en Santiago, que la inmortaliza.

Dar a conocer a Mistral no es sencillo; en la práctica, está todo dicho. Es por eso que en esta columna conmemoramos su premio, pero desde una arista humana y cotidiana. Tan terrenal como lo era ella cuando cedió los derechos de autor de su obra *Tala* a los niños españoles que sufrían a diario la barbarie de Franco, o cuando dejó de escribir poemas para poner su pluma al servicio de la denuncia ante la pasividad de Latinoamérica frente a la Guerra Civil ya mencionada. Y no solo eso: de su bolsillo y con su presencia, habló en favor de los escritores perseguidos y donó dinero para ellos. En la cúspide de su carrera, siempre siguió siendo la misma: la maestra rural autodidacta que luchaba por enseñar a los más desposeídos. Fumadora empedernida, se daba tiempo para fabricar sus propios cigarros entre versos, utilizando el mismo papel de sus esquelas. ¿Tomar un trago o una cañita? Ni hablar; le repugnaban las bebidas alcohólicas, pues eran «el mal del pueblo», como ella decía.

Mistral era una fanática de la naturaleza. La podíamos ver caminando siempre, dondequiera que le tocara estar; buscaba flores y plantas. Aun en sus más altos destinos diplomáticos, había un tiempo sagrado para regar, quitar la maleza y arreglar maceteros. Era su mundo; lo demás dejaba de importarle.

El premio y el duelo

En el Museo Colonial de San Francisco, en la Alameda, que, dicho sea de paso, alberga la imagen más antigua de Chile —la Virgen del Socorro—, traída desde las batallas de Flandes por Pedro de Valdivia en la alforja de su caballo, encontramos otro tesoro: la réplica de la medalla del Nobel de Gabriela Mistral que se podía antaño calcar con un lápiz grafito y una humilde hoja de cuaderno.

Lucila no era de andar mostrando la medalla. Además, ese día la fiesta estaba lejos de ser una realidad: nuestra poetisa estaba de duelo por su amado Yin-Yin. Si fue su hijo o su sobrino, poco importa; el dolor la acompañó para siempre. El quince de noviembre, cuando se enteró por la radio de que el propio rey de Suecia había decidido que la mejor voz universal de la literatura era la suya, se encontraba sola y nostálgica, pensando que el merecido reconocimiento no estaba completo: faltaba Juan Miguel, a quien la vida le había arrebatado en plena juventud. Tenía 18 años cuando se suicidó. ¿Cargaba con culpa por este hecho? Sin duda, tanto así que la negación duró bastante.

Cuando murió Yin-Yin, producto de haber ingerido arsénico mientras Mistral estaba en el cine, en Petrópolis (Brasil), se apagó para siempre aquel mítico poema-canción infantil que también lo incluía implícitamente a él.

«Dame la mano y danzaremos, dame la mano y me amarás.

Como una sola flor seremos, como una flor, y nada más».

Juan Miguel, consciente de que su madre necesitaba respuestas, le dejó un mensaje póstumo tan corto como duro: **«Querida mamá, creo que mejor hago en abandonar las cosas como están. No he sabido vencer».** Nuestra Nobel lo encontró agonizando y lo acompañó hasta el final.

Yin-Yin tenía los ojos claros. Mistral lo crio con devoción, lo llevó adonde la vida la mandó: a Europa, a Brasil o a su estudio de escritora errante. Mistral era conservadora y estricta a veces, pero también tenía un lado opuesto, alegre y cordial. En eso, el billete de cinco mil no perdona: muestra su lado más marcial, sin risa y con ropa formal. Esa personalidad la llevó a no transar algunos principios. Su amado Juan Miguel se enamoró de una alemana, pero el trasfondo y contexto de la guerra mundial no perdonaba. Mistral no la aceptó; llevaba años gastando su sueldo para comprar visas que permitían la libertad a los judíos perseguidos por Hitler. Desvelos de lucha y editoriales contra el fascismo: sencillamente, la muñeca rubia no cabía en su mente. Ella y Yin-Yin chocaron como dos trenes descontrolados.

La guerra la había torcido todo, como a muchos; lo germánico era la maldad. Ese romance era más que un arrebato adolescente: era para ella una repulsión visceral, una amenaza, la sombra de Europa. No supo transar con Juan Miguel y ese fue uno de los motivos que se sumaron a su pronta partida de este mundo.

La ciudad de Petrópolis es una dicotomía y un lugar sin salida. En 1943 se opuso tenazmente al matrimonio. Además, su hijo amado sufría ataques de xenofobia y constantes cambios de lugar de residencia. El peso de llevar un apellido gigante, el de ser hijo de un monumento en vida, lo llevó al abismo. Mistral solo pudo acompañarlo en su agonía, en las horas más tristes de su existencia.

Dos años más tarde, en la misma ciudad, Mistral, vestida con un riguroso traje oscuro de tela pesada, como cargando un sambenito, en la soledad de su oficina y con una pequeña radio, escuchaba su nombre desde el lejano Viejo Mundo. ¿Cómo se sintió? ¿Qué sentido tenía para ella?

Su respuesta

Seguía las noticias y lloraba en silencio, no por el orgullo literario que muchos soñaríamos alcanzar. No habría champaña ni sentiría los aplausos; tampoco oía la voz del rey Gustavo V de Suecia. Lo único que su mente le decía y escuchaba, mientras seguía derramando sus lágrimas, eran dos palabras: Yin-Yin.

¿De qué servía ser coronada en Suecia si el cetro de la existencia yacía bajo tierra hacía ya dos años? El teléfono no paraba de sonar; recién entonces se acordaban de su existencia. Los llamados protocolares no fueron prontamente atendidos. Gabriela seguía conversando en silencio con su muerto. El premio, aunque merecido, era tardío, al igual que el Premio Nacional de Literatura: ambos los merecía con creces y desde mucho antes. La vida siempre ha sido más dura e injusta con las mujeres.

Nunca más pudo estar con él hasta el 2005, cuando cumplieron su deseo póstumo: sus restos fueron repatriados y quedaron enterrados uno al lado del otro, en el valle del Elqui, en Montegrande.

«En sólo una noche brotó de mi pecho,
subió, creció el árbol de luto…
Sobre hombros, sobre espaldas,
echó hojazones y ramas…
Igual que las humaredas
ya no soy llama ni brasas.
Soy esta espiral y esta liana
y este ruedo de humo denso». (Luto, 1954)

Al mes siguiente, esta profesora rural de La Cantera, de Los Andes y de Punta Arenas, cuya sala de clases muchas veces era un prado al aire libre, donde se sentaba sobre una piedra con el viento en la cara, viajó

al frío de Europa del norte, al riguroso Salón Dorado de Estocolmo. No se vistió especialmente para la ocasión ni llevaba joyas o un peinado especial; era la misma maestra genuina, con los dedos blancos, gastados por la tiza y los pizarrones agrietados. Cuando la llamaron al frente y los micrófonos estuvieron a su disposición, no emitió ninguna aparatosa verborrea conceptual. Hizo lo de siempre y lo que mejor sabía hacer: una clase de dignidad humana donde el bajo pueblo era el protagonista. ¡Qué lección más grande de humildad nos dio, qué discurso más potente, qué estampa más digna!

El discurso como clase de educación para el presente, ocho décadas después

Lo que nos enseñó en su discurso y durante su paso por Suecia sigue más vigente que nunca. Es, en suma, una clase de educación imperecedera que nos desafía como educadores. Nos decía explícitamente que los alumnos y los niños no eran recipientes que debíamos llenar de fechas y recordatorios muertos, sin sentido. Enseñar es un acto de justicia social. Eran sus alumnos de siempre, los que andaban a pata pelada en la pobreza de un Chile injusto; eran los que sufrían retorcijones de hambre, los que en invierno tenían sabañones reventados. Por eso, el premio del rey fue a parar a las arcas destinadas a esos estudiantes chilenos. Lo donó por completo; no fueron palabras vanas, fue un acto real.

En la Academia Sueca nos enseñó el valor de la democracia en un mundo que venía saliendo de una guerra inhumana. La educación era algo elemental – demandaba – pero debía estar acompañada del pan y la ternura o se convertía en una burla sin sentido. Les habló a todos los asistentes de aquel día, vestidos de frac, y les recordó que la poesía no nacía en los salones perfumados; sus poemas y los de tantos otros poetas tenían su asiento en el sudor del pueblo que trabaja la tierra a diario.

Gabriela nunca tuvo apego al dinero. Ella sabía de antemano lo que era ganárselo a pulso en una sala de clases de provincia. Aunque el dinero del Nobel fue a dar a Chile, cuando redactó su testamento en Nueva York, en 1956, dejó estipulado con letra clara que todo lo que produjeran sus libros vendidos en América del Sur debía entregarse a la Orden Franciscana de Chile. ¿El destino? Los niños pobres de su amado Montegrande, allá en el Valle de Elqui. La dictadura empantanó su legado, pero ella se sentía franciscana y su herencia quedó escrita en una piedra.

El regalo de Petrópolis: Doris Dana

El amor siempre es un complemento en la vida humana. Gabriela lo vivió en sus alumnos, en una clase bien realizada y en Yin-Yin. No obstante, lo perdió en Brasil, como ya lo hemos señalado, pero allí mismo lo encontró nuevamente y halló paz en su última etapa. El amor tiene nombre propio: Doris.

Doris y Gabriela fueron dos almas gemelas, sin protocolos ni nada por el estilo; fue un encuentro casi tribal, a la intemperie. Esta mujer norteamericana logró lo que nadie había podido hacer hasta entonces: romper el caparazón de Mistral, bajarla de ese pedestal del imaginario nacional, de aquella armadura de

poetisa, y permitir que Gabriela se relajara por completo. Se abrió ante ella como una persona común. Dejó de ser Mistral y se volvió Lucila: risueña, tierna y también celosa.

En aquellos tiempos, cuando los prejuicios eran enormes, ambas se cuidaban las espaldas en el mundo exterior, pero en la intimidad fueron felices. Por fin, Gabriela encontró un amor que le permitió caminar por la vida durante sus últimos años.

Epílogo

Han pasado ya más años de los que vivió Mistral —murió a los 67— desde aquella mañana triste y solitaria para ella, y jubilosa para nosotros, cuando fue nombrada máxima exponente de la literatura universal. Es mejor recordarla esta semana así: una mujer de esfuerzo, humana y entera. Una profesora con todas sus letras. Una alegre maestra de campo que danzaba con sus niños.

No es bueno quedarnos únicamente con la dureza del billete que lleva su rostro o con la desesperanzada madre que pierde a su único hijo. Debemos recordar a la mujer que defendió al niño pobre y al escritor que estaba a punto de morir en una guerra civil. Su arma en la vida: una tiza en la mano.

Cuando yo he hecho una clase hermosa, me quedo más feliz que Miguel Ángel después del Moisés. Verdad es que mi clase se desvaneció como un celaje, pero es sólo en apariencia. Mi clase quedó como una saeta de oro, atravesada en el alma siquiera de una alumna. **(Lucila Godoy Alcayaga. Profesora y premio Nobel)**